

cinan... y no sospechan que existe el *Nocturno* de Silva!

MARCELO.—¡Suculento!

ROBERTO.—Un día llega uno a su casa a las tres de la mañana... las tontas protestan... lloran... Bueno. La noche siguiente, esto es el día siguiente, llega el marido a la hora del desayuno, como si no hubiera pasado nada... Entonces, la mujer que, a fuer de tonta, tiene sentido práctico, reflexiona, y cuando llega uno a las tres, queda muy agradecida por lo temprano que se recoge, y lo recibe con los brazos abiertos...

MARCELO.—Graciela va a divertirse mucho contigo... pero mucho!

ROBERTO.—Ya lo creo! Oh, no lo dudes ni por un momento!

Todo chiste que me fracase en el Club, lograré éxito notable en mi tranquilo hogar.

MARCELO.—Así tendrás para tus gracejadas público de platea y público de galería.

ROBERTO.—Sin contar que uno vive tan poco en su casa, que al cabo de cinco años de matrimonio no sabe cómo opina su mujer.

MARCELO, *dándole golpecitos en el hombro*.—Cállate! ya has desbarrado bastante!

ROBERTO.—No, hombre! si es la única vez que he tratado de hablarte en serio!

Estoy en capilla... El mes entrante me caso... ¿Te parece poco? Por lo demás, aunque tú no quieras, insistiré en mi sana teoría de que las mujeres tontas son el ideal del matrimonio.

MARCELO, *desaprueba con un gesto*.—Concedido...

ROBERTO, *sentado y balanceándose sobre el brazo de una butaca*.—Oye: Las mujeres que pasan por inteligentes, son, en lo general, las de imaginación viva y palabra fácil, cualidades que sólo les sirven para apropiarse todas nuestras ideas y exagerarlas. Discuten nuestros proyectos... Pretenden imposibles... Nos critican, y cuando las traemos a la realidad, nos encuentran prosaicos y faltos de vuelo, indignos, incapaces de comprenderlas, porque ellas habían nacido para un genio...

MARCELO.—Cásate en buena hora!... Haces lo que debes: tú de cualquier modo serás feliz.

Y no hay que olvidar que la chica tiene un bonito perfil.

ROBERTO.—Lo malo es que yo no voy a amarla de perfil!

ESCENA II

Dichos, LUIS y FERNANDO
que entran por el foro

FERNANDO.—Vengo a comunicarles que tengo el campeonato de billar!

LUIS.—No... Me ha ganado por dos carambolas. . yo estaba jugando sin ganas.

ROBERTO, *a Fernando*.—La inmortalidad te durará pocas horas.

MARCELO, *a Fernando*.—No habrás perdido gran cosa.

FER., *a Marcelo*.—Como a tí sólo las armas te interesan...

LUIS, *a Marcelo*.—Ah! Vi en la sala de tiro del Club los blancos que hiciste esta mañana... Estás de felicitarte.

FER., *a Marcelo*.—Hum! Tienes algún lance entre manos?

MARCELO.—No... lo hacía por matar el tiempo.

ROBERTO.—El colmo de la puntería! Matar el tiempo a pistoletazos!

LUIS.—Bravo! Pero para mí no hay como el billar: es un juego de príncipes!

ROBERTO.—Y de taberneros...

MARCELO.—Es igual. *Pausa*.

FER., *a Roberto*.—Recibí la noticia de tu matrimonio... Tus acreedores están de plácemes.

ROBERTO, *acrememente*.—Alto ahí, Fernando, no tolero bromas con estas cosas.... Exijo tanto respeto para esa señorita, a quien amo, como el que puedes exigir tú para tu madre!

FER., *turbado*.—No es para tanto... perdóname! En todo caso la broma sería para tus acreedores...

ROBERTO, *recobra su aire habitual*.—Siempre me parece de muy mal gusto: con los acreedores no se bromea!...

LUIS.—¡Qué se va a bromear! A mí me cuestan veinticinco pesos mensuales.

FER.—*Nequáquam!* Tú no le pagas a nadie!

LUIS.—No se trata de pagar, sino de gastar veinticinco pesos para... no pagar!

ROBERTO.—Ah! Mi antiguo sistema!

MARCELO, *displaciente*.—¿Cuál es?

ROBERTO, *a Luis*.—El primero de cada mes hay, indefectiblemente, una romería de cobradores en la puerta de tu casa. Tú sales. Le das una palmadita en el hombro a cada uno, y una moneda, y no vuelven a